

que se les habla de otra cosa que de diversiones. Nadie en lo bruceo y en lo déspota iguala al pecador. Su interior disgusto se deja traslucir de un modo visible en todos sus actos. En su mirada, en sus palabras y gestos va impreso un sello indeleble de melancolía. Hasta los instintos de hombre degeneran perceptiblemente en el pecador, que solo se acostumbra á las alegrías que traen consigo la disipacion del vicio y los desvanecimientos mundanos.

Lo contrario sucede con la alegría del cristiano. Santa en su origen, en sus medios y en sus efectos, proporciona al que la experimenta cierta expansion, que se comunica á los que le rodean.

Alegraos, pues, os diré con el Apóstol; pero alegraos en el Señor. Amad á Dios, practicad la virtud; de este modo estareis siempre alegres, disfrutareis de paz y tranquilidad en la tierra, y de una alegría perfecta, y de la misma felicidad de Dios en el cielo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Hay alegrías que nos las da el mundo, y las hay que nos las da nuestra conciencia limpia de pecado. Las primeras, léjos de serlo en verdad, *no son mas que torrentes de amargura*: las segundas *son torrentes de paz y de consuelo*.

I. La verdadera alegría es el efecto de la caridad, ó del amor de Dios; la que nos da, pues, el mundo, no es verdadera. Solo Dios puede satisfacer el corazon; las criaturas léjos de contentarle, mas bien le afligen. El hombre mundano no puede sufrirse á sí mismo: en el fondo de su corazon reina cierta tristeza, que pudiéramos llamar preludio de los tedios infernales. En vano multiplicará las diversiones y los placeres; á medida que éstos se aumentan, se excitan los apetitos. Él dice á Dios: huye de mi corazon, pues aunque apetece el bien, no eres tú, sino el mundo el que ha de satisfacerle. Y Dios le contesta: este mundo, donde buscas las alegrías, no te proporcionará sino penas y tormentos; hasta que vuelvas á mí estarás hambriento de felicidad.

II. La alegría, empero, que viene de Dios, no lleva consigo tristeza alguna, llena el corazon de paz y de consuelo. El que ama á Dios posee el bien que únicamente puede llenar nuestro corazon; y á proporeion que le ama, mayor es su alegría por la esperanza que tiene de ir un dia á gozar el bien amado. Aun cuando le sobrevengan terribles adversidades, ó experimente crueles dolores, no tur-

barán estos su alegría interior; y dirá con el Apóstol: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*. Sus palabras son como el rocío que humedece la aridez de la tierra, y como nube que trae la vida á las plantas. Los mundanos se quedan sorprendidos al verle obrar con tan cordial alegría, envidiando lo que ellos llaman el carácter, no queriendo comprender, que no es el carácter, sino el efecto del amor divino lo que admiran y envidian.

LA ANTIGUA Y LA NUEVA ALIANZA.

Scriptum est: Quoniam Abraham duos filios habuit... Quæ sunt per allegoriam dicta: hæc enim sunt duo Testamenta.

Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos..... lo cual fué dicho por alegoria: estas dos madres son los dos Testamentos.

(Galat. iv, 22-24.)

Uno de los caracteres mas admirables del cristianismo y su prueba mas incontestable es, que comenzó al comenzar el mundo, se estableció en los primeros tiempos del género humano y se desenvolvió de edad en edad; y por la tradición de los patriarcas, por la palabra de los profetas, por toda la ley mosaica, por sus ritos, sacrificios y promesas, se trasmitió hasta la plenitud y la perfeccion de los tiempos. Puede en su virtud decirse, que el Antiguo Testamento no hizo mas que figurar, simbolizar, contar de antemano en todos sus debates los prodigios y las virtudes, el poder y la gloria del Nuevo Testamento, del que es el Antiguo una continua y magnífica profecía.

He aquí, como esas dos partes del precioso y sagrado depósito

de las divinas revelaciones escritas por inspiracion del Espíritu Santo, siendo Dios su autor y Jesucristo su objeto, se unen por medio de inefables relaciones y misteriosas armonías; se ilustran mutuamente, se explican la una por la otra, y son, á la vez, el testimonio mas brillante, mas luminoso é irrefutable de la divinidad del Salvador, de la unidad, perpetuidad y verdad de la religion.

Sin embargo, hay entre las dos alianzas una diferencia esencial, que conviene no dejar desapercibida, y San Pablo nos la revela de un modo especial en una de las epistolas, que la Iglesia pone á nuestra vista y propone á nuestra meditacion. Investiguemos la idea del Apóstol para sacar de ella una instruccion sólida, y buscar en las consideraciones, que á la luz del cielo podrán desprenderse, motivos suficientes, no solo para impresionarnos y movernos á ternura, sino tambien para ilustrar nuestra fe, levantar nuestra esperanza, excitar nuestro amor, y reformar nuestra conducta. Antes, empero, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ante todo, la explicacion alegórica del nacimiento de esos dos hijos de Abraham, nos muestra claramente la índole de los dos Testamentos; el Antiguo, ley de esclavitud, simbolizado en Agar, la esclava, que no podia tener sino esclavos y por el simple impulso de los deseos de la carne; el Nuevo, simbolizado en Sara, la esposa fiel y legítima, que debia engendrar hombres libres en virtud de la promesa de Dios. A un lado está la Sinagoga, con todo el aparato de sus ceremonias y las exterioridades de sus ritos, con todas sus cadenas legales y sus sombras pasajeras; al otro lado está la verdadera Iglesia de Jesucristo, el pueblo emancipado, el pueblo de la gracia y de la libertad, que cuenta ya anticipadamente en su seno los partícipes vivientes de la fe presente y venidera. Si con frecuencia se descubre en la antigua alianza un cuerpo sin alma, que no levanta sus miradas al cielo, un espíritu de abyeccion, que no atiende sino á la tierra y se niega con tenacidad á reconocer los destinos eternos, no debe atribuirse este desorden y esta falta á la ley divina, sino á la corrupcion humana.

En efecto; Dios es el origen de la libertad de sus hijos; la desea, la quiere y la da: por una consecuencia necesaria, no impone la esclavitud, y proscribela el envilecimiento, que resulta del amor inmoderado del tiempo y del mundo, y del menosprecio con que son mirados los tesoros de la caridad y las riquezas sobrenaturales. No les faltaron las gracias y los beneficios á los indóciles judíos; viéronse, al contrario, colmados de ellos. La misericordia infinita les obligaba

con multiplicadas amonestaciones á la gratitud; y aun cuando por un impenetrable secreto de su sabiduría, el Altísimo no hubiese suavizado la dureza de sus corazones, les dispensaba nuevos beneficios; el crimen estuvo en abusar de las gracias, que tan generosamente se les dispensaban.

Confesemos, empero, que no puede darse cosa alguna mas consoladora y gloriosa para nosotros, que los magníficos privilegios que San Pablo enumera en su admirable epistola. Nos declara verdaderos hijos de Dios, su verdadera Iglesia y sus herederos legítimos; á los judíos los excluye de todos esos títulos y honores. Somos la familia privilegiada por la adopcion y el amor; somos miembros de Jesucristo.

Lleno de confusion, pregunto, sin embargo: ¿cuántos cristianos generosos se cuentan entre nosotros, que puedan aspirar á esas ventajas inapreciables? El Apóstol señala en la alianza divina dos condiciones esenciales; la caridad, que es el lazo de los corazones, y el espíritu de los fieles, que conserva la ternura filial. Debemos amar á Dios con la confianza, con el desprendimiento con que un hijo ama á su padre; debemos mirarle como nuestro bien supremo, preferirle á todas las cosas de la tierra, dedicarle nuestra vida y nuestros actos con libertad y franqueza completas, y no por un temor servil; debemos estar dispuestos á todos los sacrificios y á todos los actos de abnegacion.

¿Sentimos en nosotros esta disposicion necesaria, cuando retenidos por la cadena de las pasiones y de los vicios, y cohibidos por nuestros hábitos criminales, no cuidamos de romperlos, permanecemos en ellos con falsa seguridad, y no deseamos vernos libres de su yugo humillante? ¿Cómo se concilian el desvelo por los intereses eternos con todos nuestros cuidados temporales, nuestras pretensiones humanas, nuestra indiferencia por la salvacion, nuestra frialdad, negligencia é inaplicacion en la práctica religiosa? ¿No es cierto que lo damos todo al mundo y casi nada á Dios?

El enojo y el disgusto se apoderan de nosotros, y buscamos la alegría en las fugaces expansiones de la criatura; vivimos en una dura esclavitud. ¿En qué aprovechamos la redencion de Jesucristo y el tesoro de sus gracias? ¿Cómo podemos gloriarnos de la preeminencia de que gozan los cristianos sobre el pueblo de Israel? ¿No tienen, al contrario, mucho de que estremecerse, los que no tienen grabados en sus frentes los caracteres inefables de esa caridad, sin la que no podemos ser hijos de Dios, y venimos á parar, como los judíos, al último grado de la esclavitud?

2. Mas, para comprender con mayor claridad la doctrina del Apóstol, observemos, que hay tres clases de esclavitud: una, que corresponde á todos los hombres; otra, que es exclusiva de todos los malos; y otra, en fin, que San Pablo designa de un modo especial, y que se aplica á algunos miembros indóciles de la Iglesia.

En efecto; hay, ante todo, una esclavitud inseparable del pecado, esclavitud no destruida por virtud de la regeneracion en las almas de los hombres, á quienes Jesucristo ha concedido la facultad de hacerse hijos de Dios: *Dedit eis potestatem filios Dei fieri*. Fijáos en un hombre cualquiera, que por sus crímenes ha sido condenado; arrastra sus cadenas en un presidio; está sentenciado á un trabajo penoso durante su vida; es esclavo segun las leyes humanas, que le llaman *servum pænæ*; está penado y no se cuenta entre las personas libres. Hé aquí, en cierto modo, una imágen de nuestra triste y comun condicion desde el pecado original.

Presos y encerrados en el mundo, como en una cárcel de la que no saldremos sino por la muerte, nos tiene sujetos á mil penalidades, á mil fatigas, á mil pesadumbres, á mil incómodas necesidades, mientras permanecemos en este mundo. Impelidos hácia la tumba, no podremos resistir al rápido torrente que arrastra nuestra existencia pasajera. Sujetos á la corrupcion del cuerpo y á las inclinaciones de la carne degradada, no podemos, sino haciendo heróicos esfuerzos, conservar la dignidad de nuestra alma y dirigir sus aspiraciones; nuestro espíritu se abandona á las deplorables ideas del desórden y del error; nuestra voluntad es desgarrada por deseos funestos, y está obligada á luchar sin tregua, y tenemos que estar combatiendo constantemente. Tal es el peligroso estado de servidumbre general é inevitable en que han puesto á todos los hombres las deplorables consecuencias del pecado. Únicamente los verdaderos cristianos pueden, hasta cierto punto, sustraerse á esa servidumbre y reconquistar la santa libertad de la gracia, porque están dispuestos á reconocer la justicia de esta terrible expiacion, á sufrirla con amor y con valor; y sobrellevando con paciencia las presentes miserias, merecen que para ellos brille la aurora de la emancipacion en el horizonte de la eternidad.

Con respecto á la esclavitud que corresponde propiamente á los malos, consiste en que están bajo el dominio y la posesion del demonio que los subyuga, los atormenta, y los precipita, como un tirano triunfante en la pendiente de sus abismos. Los domina de un modo tan absoluto, que san Agustin no repara en calificarlos con esta palabra enérgica: *Animalia diaboli*. Los mueve y los dirige á donde

quiere; obra como amo en sus almas y en sus cuerpos; y sus pérfidas sugerencias tienen una fuerza mas irresistible que las tentaciones con que puede molestar á las almas justas. La Sagrada Escritura alude á esta terrible servidumbre cuando nos dice, que el príncipe de las tinieblas ejerce su poder sobre los hijos de la incredulidad: *Qui operatur in filios diffidentiae*.

Y obsérvese, que en todo esto no hace mas que cumplirse un secreto designio de Dios, pues somete nuestra revuelta naturaleza al imperio de Satanás, á quien ha imitado en su obstinacion y en su desobediencia. Claro está, que no tiene el derecho de mandar al hombre; pero habiendo el hombre aceptado voluntariamente el yugo del demonio, merece permanecer en esta infernal esclavitud: «Comerán, dicen nuestros Libros Santos, los frutos de su vicio, y se hartarán de sus consejos: *Comedent igitur fructus viae suae, suisque conciliis saturabuntur.*» Han preferido el reinado del demonio, y le tendrán eternamente por rey.

Si; ejercerá esta espantosa dominacion en la otra vida, donde le contemplarán frente á frente las almas infortunadas, á las que habrá engañado y seducido bajo su poder inicuo; ejercerá en ellas todo su encono y su furor; y empleará toda su fuerza en colmarlas de angustias y en inundarlas con un diluvio de males. Así como la caridad de Dios colmará los deseos legítimos de sus elegidos, así el demonio pondrá su alegría en ejercer en los réprobos todos sus deseos. Así como Dios embriagará á los bienaventurados con un torrente de santas delicias, así el demonio colmará á los condenados con un torrente de amarguras. Y por último; así como el reino de los cielos será el imperio eterno de la caridad de Dios con los elegidos, y de la caridad de los elegidos hácia Dios, así el reino de la muerte y de las tinieblas será el imperio eterno del odio y del encono del demonio contra los hombres y de los hombres contra el demonio. Este tirano infernal querrá siempre y podrá siempre atormentar á sus víctimas, y sus víctimas no tendrán fuerza suficiente para resistirle, y solamente sabrán odiarle sin tregua ni mesura.

3. Sin embargo, preciso es confesarlo; el poder del demonio sobre la tierra, aun cuando se ejerce sobre los malos, sobre los que, por un abuso fatal de su libertad y de su resistencia ciega á la gracia, se nos presentan ya como los predestinados del infierno, está cohibido y reducido á ciertos límites; varias causas cohiben su funesto desarrollo.

Y ante todo, Dios combate contra su enemigo, y combate en bien de los que siguen siendo sus propios hijos; no le permite emplear

todos sus medios, y toda su fuerza para atar de un modo irresistible á los infortunados esclavos de la iniquidad. La misericordia del cielo prodiga sus afectuosos desvelos; no cesa un punto de mover á penitencia á todos los corazones rebeldes; y con frecuencia, en el mas crítico momento, triunfa por el divino heroismo de la adhesión y de la ternura.

Y no olvidemos, que el demonio pone su objeto principal en hacer criminales á los hombres, porque su imperio se robustece tanto mas, en cuanto son culpables; y si en esta vida les guarda consideraciones, si les ahorra miserias y pesares, sabrá indemnizarse con los tormentos de su dominación cruel y definitiva. Por lo tanto, el secreto de su malicia y de su falaz proceder consiste, en excitar y en secundar todas las pasiones, en procurar riquezas y placeres, y en utilizarlos para el buen éxito de sus perversos designios. Temiendo que las almas se emancipen de su dominación, esquivo todo lo que pudiera realzarlas en su envilecimiento, las colma de elogios y les presenta ejemplos que tienden á autorizar sus desvíos. Las entretiene y las halaga con esperanzas engañosas, las colma de gloria y de honores, les proporciona empleos y ocupaciones, que no conceden espacio á un pensamiento útil y saludable, á un deseo de conversión. A veces, y según las circunstancias, suscita calamidades y males para reducirlos á la tristeza y á la desesperación; pues todo le sirve para conservar el imperio sobre los que están sujetos á su dominación, y para aumentar en lo futuro los horrores de su servidumbre.

4. Nada hay tan real, tan común y tan terrible como esta esclavitud espantosa; y sin embargo, no es esta la esclavitud de que nos habla el Apóstol en su epístola. San Pablo no habla de todos los malos, de todos los que profesan abiertamente la impiedad y el libertinaje, de los que están manchados con crímenes groseros y visibles, é infringen la ley de Dios con la mas grosera osadía; no habla sino de los que, perteneciendo á la Religión, parecen observar sus preceptos, toman apariencias de virtud, y se presentan como irreprehensibles á los ojos del mundo. ¿Cuál es la falta que les echa en cara? Que están privados de una cualidad esencial; no les anima el espíritu de caridad. Su pecado consiste, en el principio que mueve sus actos cristianos, no en los actos que se originan de este principio. Tienen en la boca la palabra de los hijos de Dios; en apariencia obran como ellos; pero su corazón no es como el corazón de los hijos de Dios; mas como los hombres no pueden ver ese corazón, no descubren en ellos lo que merece censura. Es un gusano que corroe la raíz del árbol y lo mata.

Hé aquí el móvil que los inspira y dirige. Ya es una vanidad secreta, ya una envidia encubierta, ya un interés encubierto. Sustituyen á Dios una criatura, y en esto consiste su crimen; mas obran con tales apariencias de piedad, que engañan á los demás y se engañan á sí propios. Podrían amar todo lo que aman, y andar en pos de lo que buscan, si todo ello se hiciese con sinceridad para fomento del espíritu religioso. Piadosos en apariencia y cristianos en la exterioridad, su piedad no descansa en una base sólida; no tienen ese amor interno que lo refiere todo á Dios; son esclavos, son hijos del Antiguo Testamento, «hijos de Agar, que no tienen sino la prudencia humana..... y que no conocen el camino de la verdadera sabiduría: *Filii Agar qui exquirunt prudentiam quæ de terra est... viam autem sapientiæ nescierunt.*»

Esta doctrina del Apóstol, ¡cuánto debiera hacernos estremecer! ¡No hemos de temer, que á la hora decisiva de la muerte, nos encontremos entre los individuos de la familia abandonada y maldecida, que no tendrá parte en la herencia del cielo, en esa herencia, que no corresponde sino á los hijos de Dios? Si somos hijos, dice san Pablo, somos herederos: *Si filii et hæredes.* Tal es la condición indispensable, tal es el título que habremos de presentar, y que, mientras esperamos la decisión suprema, debemos conservarlo como el bien mas precioso.

Recordemos que la caridad es el carácter peculiar de la Ley nueva, es el origen fecundo de la libertad y de la gracia; y tengamos presente, que nuestros actos, en los que no concurra este principio esencial del cristianismo, serán actos de esclavitud. No nos demos por satisfechos con actos exteriores, y procuremos á nuestras virtudes un mérito y una gloria mas duraderas. Sirvamos á Dios de todo corazón por la fe; no tengamos por felices sino á los que están ricos en tesoros de amor divino, y en él ponen todos sus deseos, y á este objeto dirigen todas sus oraciones en la tierra, á fin de gozar de este amor en el cielo. Así sea.